

ISABEL DE HUNGRÍA (1207-1231)

2º

El rey Andrés II de Hungría y su esposa Gertrudis tuvieron que esperar largo tiempo hasta que les naciera una hija y al final llegó dándole el nombre de Isabel. Tan adorable era la niña, que a los padres les parecía que quien jugaba a sus pies era más un pequeño ángel que una niña.

Su lugar predilecto era la capilla del castillo, donde durante largos ratos contemplaba las imágenes multicolores de los ventanales.

Una vez, la pequeña se había trepado al púlpito, donde comenzó a cantar con gran júbilo, hasta que su niñera, alarmada, se la llevó.

Isabel se escapaba muchas veces, y se iba sola a la capilla. Entonces tomaba el misal del sacerdote, lo tomaba al revés porque no sabía leer, pero, no obstante ella oraba y cantaba de la misma manera como lo hacía el sacerdote, sólo que con mayor animación y en voz alta. Seguramente, que las estatuas de madera y de bronce hubiesen sonreído, si eso les hubiera sido posible.

En otro país vivía, al mismo tiempo, un conde llamado Hermann de Turingia. Su hijo Luis contaba con unos pocos años más que la pequeña Isabel. El conde Hermann pensó:

“La hija del poderoso rey de Hungría sería una novia adecuada para mi hijo Luis.”

Para asegurar esa unión, estos dos niños deberían ser comprometidos desde ya. Un mensajero del conde llevó la propuesta al rey de Hungría, acompañada por valiosos regalos. El rey accedió a que su hijita se fuera a vivir al hermoso castillo de Wartburg en el rico país de Turingia. Así que ambos niños crecieron juntos, como hermanos, sintiéndose gran afecto.

Al cumplir Isabel siete años, falleció su madre. Pero, muchas veces se le apareció en sus sueños o al estar sumida en su silenciosa oración. Parecía ser su ángel de la guarda. Al poco tiempo murió también el conde de Wartburg, padre de Luis.

Los dos niños quedaron a cargo de la severa condesa Sofía, la madre de él. Ella veía con desagrado cuando Isabel se mostraba cariñosa con todos los que la rodeaban, incluso con el personal de servicio.

Al ir a la misa, la condesa colocó una cadena de oro alrededor del cuello de Isabel, también puso sobre su cabeza una coronita de oro con piedras preciosas, y debía usar guantes. Una doncella iba detrás de ellas llevando un almohadón de terciopelo, para que las nobles señoras pudiesen arrodillarse en la iglesia. Pero, tan pronto Isabel entró en la iglesia se sacó los guantes, y los colocó junto con las joyas dentro de su cartera.

Durante la misa, se arrodilló sobre el piso, dejando de lado el almohadón.

La orgullosa señora Sofía se enojó, y la reprimió:

-*"No debes arrodillarte a semejanza de una criada común.*

-*"¿Por qué te has sacado las hermosas joyas?"*

Isabel contestó:

-*"No me guardes rencor, querida madre, ante Cristo todos los Hombres somos iguales".*

La señora Sofía se dirigió entonces a su hijo diciéndole:

-*"Prohíbele tú mostrarse como una cualquiera."*

Pero Luis contestó:

-*"Déjala, no conozco corazón más noble que el suyo, y su apariencia es hermosa y digna, incluso sin joyas, oro y piedras preciosas."*

La madre tuvo que callar. Pero, con agrado hubiese elegido otra prometida para su hijo.

Cierta vez la madre le insinuó esa idea a su hijo. Éste le contestó señalando una montaña:

-*"Si aquella montaña fuese toda de oro, y me fuese ofrecida a cambio de Isabel, no aceptaría."*

Para festejar la boda tuvieron lugar competencias caballerescas durante tres días. Luis condujo al altar a Isabel. A continuación, la pareja vivió unida por entrañable amor en el castillo Wartburg.

Durante las largas noches invernales, Isabel hilaba con las doncellas de la servidumbre del castillo. Las telas así confeccionadas, las regalaba a los pobres, para que se abrigaran.

Isabel había aprendido el arte de curar de un médico ambulante que había permanecido en el castillo durante un tiempo. Junto con sus doncellas recolectó hierbas curativas, aprendió a tratar las heridas, y a aliviar a los enfermos durante estado febriles. Isabel se dirigía a las aldeas en compañía de sus doncellas para ayudar allí a los enfermos. Su mayor alegría era ayudar y regalar. No pasaba día alguno sin que mitigara el hambre y muchas otras penas.

De tiempo en tiempo, Sofía, la madre de Luis, decía a su hijo:

-*"Isabel está despilfarrando tus bienes. "Si esto sigue así, llegará el día en que tendrás que vender tu castillo."*

Pero Luis no se dejó influenciar. Cuando mucho, aconsejó a su esposa de que debía examinar a quién dirigir su ayuda, ya que entre los mendigos también existían los holgazanes.

Aconteció, que un día Isabel bajaba las escalinatas del castillo llevando en su delantal panes que quería regalar a los pobres. Justo estaba regresando su esposo, sobre su corcel y le preguntó:

-*"¿Qué es eso tan pesado que llevas en tu delantal?"*

Ella respondió sonriendo:

-*"Son rosas para los pobres."*

Y le mostró lo que llevaba. El conde la saludó, había comprendido el significado del mensaje.

Muchas veces, el conde tuvo que ausentarse con motivo de extensos viajes. En una oportunidad, al regresar, lo enfrentó su madre diciéndole:

-“Isabel ha dado albergue a un hombre en su vivienda. “Seguro, que a ése lo quiere más que a ti.”

Al saludar a su esposa, Luis le preguntó por el hombre. Entonces, Isabel le mostró al leproso, al que estaba cuidando, y cuyas heridas justamente comenzaban a cerrarse. El conde dijo al enfermo:

-“Nadie puede proporcionarte mejor cuidado, bienvenido seas en mi casa.”

Por entonces, una gran miseria tuvo lugar en esa región, originada por el fracaso de las cosechas. Subían los precios y escaseaban los alimentos. El conde tuvo que hacer un largo viaje a comarcas lejanas. Esperaba poder comprar allí cereales para su pueblo necesitado.

A diario llegaba una multitud de hambrientos a Wartburg, por lo cual Isabel decidió abrir el depósito de alimentos.

Todos los días centenares calmaban su hambre allí. Como se acababan las reservas, procedió a vender sus valiosas joyas procedentes de su patria, y una serie de fincas con tierras y edificios. Al regresar Luis, su madre nuevamente se lamentó por los despilfarros hechos con la venta de las propiedades. Luis contestó:

-“Con tal que no me venda Wartburg, lo demás está todo bien.”

Pasaron los años; por entonces, Luis decidió unirse al emperador Federico II, que partía en un viaje a Tierra Santa. Isabel sabía que grandes peligros acechaban en las Cruzadas. Temía por su suerte y la de sus hijos al quedar sola. A pesar de eso le dijo a Luis:

-“Viaja en nombre de Cristo. También yo sabré llevar mi cruz.”

Luis nombró como reemplazante suyo a Enrique, su hermano menor, para que durante su ausencia Turingia no quedase sin gobernante. Tuvo que prestar juramento de proteger a Isabel, sus hijos, y al país.

Antes de partir, Luis puso en el dedo de Isabel un anillo con una preciosa piedra azul. Al ver perder su figura en la lejanía Isabel tuvo la sensación de que no volverían a verse sobre esta tierra; y así fue.

Algunos meses después de la partida de Luis aconteció que, cuando Isabel quiso unir sus manos para la oración, antes de dormir, se dio cuenta, de que había caído la piedra azul del anillo. Toda búsqueda fue en vano.

Al cabo de un tiempo llegó la noticia de la muerte de Luis a causa de una enfermedad. Había fallecido el mismo día en el cual se había caído de la piedra del anillo. Isabel la embargó un gran pesar. Enrique, el hermano menor prestó oído a malos consejos. Creyó que ahora, que su hermano había fallecido, ya no era necesario cumplir con su promesa.

Se le acusó de despilfarrar los bienes del conde. En medio del frío invernal tuvo que abandonar Wartburg, prohibiéndole permanecer en sus cercanías. Durante días tuvo que caminar con sus hijos. Encontró albergue en el granero de una buena gente durante algún tiempo, durmiendo sobre el heno. La pobreza se había convertido en su hermana. Tuvo que vender el último anillo de oro que poseía. De allí en más, tuvo que pedir limosna con sus hijos de puerta en puerta.

Finalmente un pariente de Isabel, el obispo de Bamberg se ocupó de ayudarle, y le proporcionó vivienda en el castillo de Bodenstein.

Al cabo de un año, los caballeros de Turingia, que habían partido con Luis, regresaron de la cruzada. Se enteraron de los padecimientos de Isabel y sus hijos, a causa de la infidelidad de Enrique con respecto a su palabra empeñada. Procedieron duramente con él. Debía entregar su herencia a Isabel, y ella debía ocupar nuevamente el lugar que le correspondía. Isabel lo aceptó para estar otra vez en condiciones de seguir haciendo el bien. Hizo construir un hospital en la ciudad de Marburg. Allí sirvió como madre de los enfermos, haciendo el simple trabajo de una doncella de servicio.

Isabel no le informó de su exilio a su padre, el rey de Hungría, pero éste supo de la muerte de su esposo. De modo que envió al conde Panyas, para que averigüe el destino de su hija. El conde la encontró en su hospital de Marburg, con vestido de servidumbre, e hilando.

Dijo el conde:

-Nunca se ha visto princesa alguna en ropas tan pobres e hilando lana. Esto le causará pena a vuestro padre."

Isabel contestó:

-Soy simplemente un ser humano, y quisiera convertirme en hija de Dios."

El conde trató de convencerla diciendo:

-Isabel, ven con tus hijos a tu casa paterna." Ella contestó:

-Aquí, donde puedo ayudar a otros, es mi casa paterna."

Y así fue, que Isabel se quedó con los pobres y enfermos de Marburg. La llama de la vida había ardido con tanta fuerza, con tanta vehemencia, que muy joven, a los veinticuatro años, falleció.

Su cuerpo recibió sepultura al cuarto día de su muerte en Marburg. Estaba lozano y sin señales de descomposición. En ese lugar, en su memoria, fue construida la iglesia de santa Isabel.

Muchas personas han peregrinado a su tumba y su nombre sigue resonando en muchos corazones humanos.